

LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

29 de junio de 2002

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

En este día la Iglesia celebra con gran júbilo la muerte y martirio de los Santos apóstoles Pedro y Pablo sacrificados el mismo día en Roma. Lo que nosotros hoy festejamos como una gran fiesta en la cual nos regocijamos, no impide ver la tristeza que pudo embargar entonces a la Iglesia naciente al verse prácticamente desprovista de estas dos cabezas, de estos dos personajes. San Pedro, que era el primer Papa, pilar sobre el cual está asentada la Iglesia. Y San Pablo, el gran apóstol de los gentiles. A pesar de la alegría de los fieles por saber que fueron mártires, también es una tristeza el verse huérfanos. Hay el doble aspecto del misterio de la Cruz, una gran alegría y una gran tristeza, eso es lo que hoy festejamos, la felicidad de tener a estos dos apóstoles por mártires y la gran tristeza de la que se dolió en ese entonces la Iglesia como huérfana.

En este día también debemos rezar por las almas de los sacerdotes que, como sabemos, es costumbre cada año, salvo si se presenta algún pequeño desfase de las fiestas, pero por lo regular se aprovecha esta fiesta de San Pedro y San Pablo, fundamentos de la Iglesia, para hacer las ordenaciones sacerdotales en Ecône, Suiza, en la Fraternidad. Rezar para que estos sacerdotes sean fieles a la vocación sacerdotal, al ideal de la santidad que dicha vocación exige y que presenta la dificultad de ejercerla en un mundo como el actual; dos cosas realmente difíciles y de las cuales los fieles de algún modo participan en las buenas y en las malas, para bien o para mal.

Esos sacerdotes prometen obediencia al obispo que los consagra, lo cual hay que recordar porque no es normal que fácilmente el sacerdote se deshaga de esa promesa por dificultades que puedan sobrevenir. Lo digo por todos los sacerdotes que han sido ordenados según la tradición católica por la Fraternidad y que ya son legión, pero que por diversos motivos y circunstancias que tienen que ver con la crisis de la hora presente se separan, y los fieles, erróneamente, siguen por la estima natural y sobrenatural que le tienen al presbítero, no dándose cuenta de la infidelidad cuando abandonan el seno de la Fraternidad en la cual se ordenaron.

Eso es muy grave, porque no se puede renegar de la familia que le ha dado el ser; la Iglesia no ordena sacerdotes vagos y que no están incardinados, es decir, bajo la obediencia de un obispo. El hecho de que haya una crisis como la actual no lo justifica ni lo valida. Muchos sacerdotes, más de doscientos o trescientos, pueden ser hasta los cuatrocientos, se han ordenado hasta la fecha unos mil y quedan en la Fraternidad cuatrocientos, quizás quinientos; de los restantes no se sabe. Eso forma parte de la crisis actual. Por esto pedimos oraciones por quienes que hoy prometen para

que mantengan esa promesa, esa fidelidad, constancia y perseverancia; y que los fieles que sufren las consecuencias, ya que esto engendra divisiones en el rebaño, puedan rechazar con buena fe los desastres que flagelan a la Iglesia en su clero.

Es muy importante la cohesión y el principio de autoridad y ese es el golpe maestro de Satanás que crea un conflicto interno dentro de la Iglesia a través del mando. Es tan terrible que si nos diéramos cuenta quizás moriríamos de espanto porque no seríamos capaces de soportar ese misterio revelado de la iniquidad, así como no somos capaces de soportar el misterio de sabiduría de Dios pues moriríamos si viésemos a Dios tal cual es. También falleceríamos no ya de alegría sino de espanto, de temor al ver la contracara de ese misterio de sabiduría que es el de iniquidad y que lo estamos viviendo y sufriendo.

Si bien miramos, Dios lo permite para purificar la Iglesia en sus miembros, que somos todos nosotros; una depuración no de cualquier clase sino de los últimos tiempos, porque el problema que distrae o hace equivocar a la mayoría de los fieles de la Iglesia, en la jerarquía y en el clero es el desfase que hay entre la historia que hoy vivimos y las promesas con sus dificultades referidas a los últimos tiempos. Nos resistimos soberbiamente a no querer ni admitir la probabilidad de que podemos estar en esos últimos tiempos, por eso se nos dificulta más la comprensión de todo lo que hoy vemos y que resulta imposible porque parecería que aun las promesas hechas por nuestro Señor a la Iglesia como que se desvanecen, como la de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, como dice el Evangelio de hoy.

No es que no haya una crisis, la que hoy vivimos, sino que a pesar de ella, de la apostasía, de la claudicación, de la pérdida de fe, no obstante la Iglesia en su esencia, no en sus accidentes sino en su esencia, prevalecerá hasta el fin de los tiempos.

Es necesario tener en cuenta las interpretaciones de las Escrituras como la del teólogo Billuart, cuando ellas dicen que aparecerá el anticristo y cuando habla de los pseudoprofetías. Se objeta: ¿acaso la Iglesia sucumbirá? Responde que hay una doble consideración o distinción que hacer cuando se habla de la Iglesia: la Iglesia esencial y la Iglesia accidental. La Iglesia esencial es la Iglesia de la fe, los sacramentos, el verdadero culto, mientras que la Iglesia accidental es lo otro, lo que aparece, la pompa, el esplendor, la resonancia, el follaje, la popularidad o lo que fuese. Dice que es la Iglesia accidental la que caerá, pero que se mantendrá la Iglesia esencial en la fe; y por eso no todo lo que dice ser Iglesia es o será en esos tiempos. Y no todo el que dice ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos.

Sin embargo, existe la institución por encima de los hombres y eso hay que tenerlo presente; sigue siendo un misterio pero que no hay que perder la fe en la Iglesia, porque por falta de ella en la

Iglesia muchos abandonan la religión católica haciéndose protestantes o alejándose de la Iglesia, o abandonando el verdadero combate y asociándose a los enemigos.

Lamentablemente es tan cierto, que tenemos la noticia de que el padre Rifán, la cabeza pensante de los padres de Campos, ha sido hoy proclamado obispo; ese es el precio de la claudicación, por una mitra y un báculo se somete; eso nos debe hacer pensar. Nos toca muy de cerca, el principal autor de todo esto es el cardenal colombiano; eso no es fortuito. Hay que prepararse para lo que pueda pasar en Colombia y en el Priorato.

No juzguemos por las apariencias, debemos ir a la esencia: Roma modernista se empeña en hacer claudicar todo vestigio de tradición católica y se va a ensañar con Colombia, ya que el personaje que dirige este juego es justamente un cardenal colombiano que, claro está, va a hacer todo lo posible para lograr lo que quiere, con el cinismo y la sutileza propias. Dolorosamente esto no es de hoy, viene de años atrás y se valdrá de todo aquel que es flojo en la fe, sacerdote o fiel, y hará todo lo posible para destruir. Es mi deber como prior hacerlo ver para que el rebaño no se disperse, ni se disgregue, hay que rezar mucho para permanecer unidos en la fe y no en cualquiera sino en la única católica, apostólica y romana que es la fe de la sacrosanta Tradición católica.

Así como murieron por la fe en este día, los que hoy celebramos, estos dos grandes pilares de la Iglesia, los máximos, diríamos, debemos mantenernos en la fe de Pedro que se basa en la evocación de la divinidad de nuestro Señor, y ese mismo reconocimiento que fue el que pronunció Natanael; sin embargo, usa esas mismas palabras de Pedro con la diferencia de que fue a San Pedro a quien se las inspiró Dios. “Eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre sino mi Padre”, le dijo. Mientras que Natanael lo conjeturó, lo sospechó, no por revelación del Padre o fe, sino por conjetura puramente humana. Pero las dos fórmulas fueron idénticas, la una funda el Papado en la confesión de Pedro y la otra pasa sin más. Para demostrarnos que hasta se pueden pronunciar las mismas palabras sin tener el mismo sentido y contenido. El contenido de la fe es sobrenatural, no natural.

Por eso los protestantes pueden confesar a Cristo pero no tienen la fe en Él, por la distinción entre lo natural y lo sobrenatural. Debemos, pues, conservar la fe sobrenaturalmente y estar dispuestos, si fuese esa la voluntad de Dios, a morir por Él. Ese es el testimonio, el martirio y a eso se debe el color rojo, la sangre, porque estamos asentados sobre la sangre de los mártires. Por eso tampoco podemos manosear la santidad de la Iglesia; aunque seamos particularmente miserables estamos asentados sobre sangre de mártires como los que festejamos hoy, día de San Pedro y San Pablo. Y con la sangre de los mártires no se juega, eso no se compra ni se vende. A esa fidelidad estamos llamados, de un modo especial, quienes guardamos la Tradición católica aunque seamos un pequeño rebaño, como lo dice San Lucas.

Pidamos a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, corresponder con fortaleza y fidelidad a lo que Dios nos pide y nos pedirá a cada uno, no sólo para salvar el alma y dar gloria a Dios, sino también para que con verdadero espíritu evangélico y apostólico ayudemos a salvar las almas de todos los demás. +